



## **SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – IX**

### **Devoción al Santísimo Sacramento. Adhesión a la Santa Sede. Respeto a la Palabra de Dios.**

Madre María Eugenia – 5 de mayo de 1898

Mis queridas Hijas,

Hemos hablado de los frutos que el espíritu de la Asunción debe lograr por el amor a Nuestro Señor Jesucristo; me queda una cosa que decir relacionada con esto, siempre con la misma sencillez que está de acuerdo con nuestro espíritu.

Debéis preguntaros dónde encontrar a Jesucristo, porque Jesucristo no es una persona que ha venido al mundo sólo en un tiempo limitado. Aun después de haber subido al cielo, no nos ha privado de su presencia. ¿Dónde, pues, debe buscarle el alma que le ama, que trata de conocerle y que quiere servirle? Lo habéis dicho antes que yo; es primeramente en el Santísimo Sacramento del altar; consecuentemente comprenderéis por qué la devoción al Santísimo Sacramento es una característica tan especial del espíritu de la Asunción, por qué pasamos tantas horas, tantos momentos como podemos, al pie del sagrario: es porque ahí está Aquél a quien amamos, Aquél a quien queremos pertenecer.

Ahí está misteriosamente, escondido, lleno de gracias, y como modelo de todas las virtudes. Sería largo entrar en detalles; quisiera solamente mostraros el vínculo por el cual la adoración del Santísimo Sacramento se relaciona con nuestro espíritu. Podría incluso decir que, en el culto al Santísimo Sacramento, es donde nuestro espíritu alcanza su plenitud; puesto que velar a Jesucristo en la Eucaristía es una consecuencia de la necesidad que tenemos de conocerle, de servirle y de amarle perfectamente.

Nuestro Señor está además en la tierra de otra manera. Es la cabeza del cuerpo místico, que es la Iglesia, está en la Iglesia. La doctrina del Evangelio nos enseña que habita en aquéllos que le pertenecen. Son sus hermanos, sus miembros; la Iglesia es su Esposa, es también su cuerpo.

La segunda característica del espíritu de la Asunción es pues, el amor a la Iglesia con una fe tan viva que hace que, al honrar a la cabeza, se honra también a aquél que representa en la tierra a esta cabeza divina. Jesucristo es la piedra angular que no puede ser sustituida; pero ha dejado en la tierra a un hombre, a quien le está reservado este honor de ser la piedra visible, sobre la que se fundamenta el edificio de la Iglesia. Ese hombre, es el Papa, el Vicario de Jesucristo, otro Jesucristo en la tierra.

¡Qué respeto, qué amor, qué adhesión debemos tener hacia aquél que es, como dicen nuestras Constituciones, la cabeza, el corazón y la palabra de la Iglesia!; es la cabeza, porque en él todo se recapitula y porque él gobierna todo; es el corazón, porque él es el centro de la vida de la Iglesia; es la palabra, porque él es quien nos habla en nombre de Nuestro Señor Jesucristo aquí en la tierra, y así todos los fieles reciben a través de él las palabras de vida y salvación

Si las Religiosas de la Asunción no tuviesen esta adhesión a la Cátedra de San Pedro, si no fuesen sumisas a esta autoridad suprema, si no recibiesen con amor todo lo que de ella viene, no tendrían el espíritu de la Asunción. Aun después de haber perdido a Pío IX, cuyas grandes virtudes, cuyo encanto personal y cuya santidad admirable exhortaba al amor a todos los cristianos y a nosotras, que hemos recibido de él muchas gracias, -aprobó nuestro Instituto y se dignó bendecir nuestra obra, -aun después de él, nuestro amor sigue unido al Vicario de Jesucristo, a aquél que es, lo repito, la cabeza, el corazón, y la palabra de la Iglesia.

Pero nuestro amor no debe limitarse solamente a nuestro Santo Padre el Papa; tenemos que amar a la Iglesia, en sus enseñanzas, en sus costumbres, en su historia, en sus tradiciones, en sus devociones; hay que amarla en todo lo que nos propone, en todo lo que ha sido, en todo lo que es hoy; hay que amarla a través de su jerarquía. La gran devoción de una Religiosa de la Asunción debe ser la de rezar por los obispos, por los sacerdotes, por la Iglesia docente, por todos aquellos que tienen cargo de almas y de administración de los sacramentos. En fin, hay que amar a la Iglesia en cada uno de sus miembros, y desearlos ver crecer en fidelidad, en entrega, en el carácter cristiano y católico.

Tenéis que pensar mucho sobre esto, en vuestra obra de educación, buscar cómo formar miembros fieles a la Iglesia; y, en las obras de celo, con respecto a los protestantes, debéis tener a la vista la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo en la Iglesia. Aquí es donde debemos situar aquello de: “Adveniat renguen tuum”, que se ha convertido en la divisa de los Padres de la Asunción.

¿Cómo adviene a la tierra el reino de Nuestro Señor Jesucristo? Adviene por medio de la Iglesia, obteniendo, a través de la oración, la erradicación de la herejía, la unión de los fieles, la sumisión de todos a un solo pastor. Vosotras contribuís a la extensión de la Iglesia al trabajar con las almas y al darles nociones profundas de fe, de respeto, de amor, al inculcarles una mente más cristiana, ideas más católicas.

Hay en ello consuelo para todo el mundo. La que menos hace en la casa, si da testimonio, hace mucho para conducir a las almas hacia el amor a Jesucristo y al de la Iglesia. La que se ocupa de la vigilancia, hace mucho; porque si el demonio se mete en ese pequeño rebaño que se nos ha confiado, es imposible que aquél que se apacienta entre los lirios pueda descansar en un corazón mancillado. Así pues, aquéllas que, por una vigilando cuidadosa y una fiel atención mantienen a las niñas inocentes, puras, cumplidoras de la ley, abren las puertas de sus almas al Espíritu Santo, al Espíritu de Dios que establece en ellas su morada. Entonces se realiza en nosotras y en nuestras niñas esta hermosa sentencia: “La nación de los justos es una nación de obediencia y de amor”.

Daos cuenta de que hablo de obediencia a la Iglesia. Evidentemente, encontraréis niñas que os desobedecerán; y esto no debe sorprenderos demasiado, porque, si miráis para atrás, recordaréis que vosotras mismas, que hoy pertenecéis a Dios y que deseáis servirle con la más perfecta obediencia, habéis desobedecido, sin embargo, cuando erais niñas. Dichosa aquélla que pueda

decir: “Yo puedo tirar la primera piedra, porque nunca he desobedecido a las personas que representaban para mí la autoridad”.

Admitido esto, con tal de que la obediencia a la ley, la obediencia de amor a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santa Iglesia y a todo lo que es santo en la tierra, se fue en el corazón de las niñas a través de mil defectos naturales y de mil caídas inevitables en la infancia, habréis trabajado según el espíritu de vuestra vocación.

Tengo que añadir que este amor a la Iglesia hace desear ardientemente que nuevos miembros se unan a la Iglesia, y desear también la conversión de los pecadores. Escasamente podéis trabajar en ello de una manera directa; pero siempre podéis y debéis, con la oración, ayudar a los confesores, a los misioneros, y a todos aquéllos que, en el mundo entero, se entregan a la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo. Podéis y debéis trabajar personalmente en esta difusión del Espíritu de Dios a través de vuestras relaciones con aquéllos que no conocen la verdad católica, o que tienen la mente ofuscada por causa de malas lecturas.

Pero no cometáis nunca este error, que ha extraviado a muchas almas, no leáis jamás los libros en los que han encontrado sus objeciones las personas que queréis convertir. Puede parecer que tal libro no es demasiado peligroso y que se puede leer sin reparo, puesto que hay que rebatirlo. No os equivoquéis, Hermanas; hay que alimentarse con la luz para dar luz, jamás hay que nutrirse de error, con pretexto de combatir el error. Esto es también una de las características del espíritu de la Asunción. Nuestra libertad no consiste en servirse del error para sacar un bien; nuestra libertad, según san Agustín, es aquélla que nos conduce a la luz y al bien, aquélla para quien el error y el mal son un impedimento, y aquélla que no querría ser portadora, ni siquiera en la punta de los pies, de las trabas del error.

Para hacer el bien, buscad siempre adquirir vuestros conocimientos, vuestras enseñanzas, vuestra vida en la luz y en el bien; y después, id a aquéllos a quienes queréis llevar la verdad, serenas, alegres, benévolas, pacientes; porque con las mentes extraviadas hace falta mucha paciencia. El reino del error no es un reino gozoso. Suele haber en él una cierta obcecación; es muy desagradable tener que tratar con herejes y con pecadores. No son buenos no hay que extrañarse, ni exigir que lo sean; pero vosotras, debéis ser buenas, porque procedéis de lo alto y porque tenéis una misión que se parece a la de los Ángeles. En las relaciones con los hombres, cuando se les aporta algo de Dios, se realiza la misión de los Ángeles, y es preciso parecerse a ellos en la paciencia. y mantener el corazón transparente de inocencia.

Es preciso también, mostrarse siempre firmes en lo que se cree. No se ha de llegar a convencer, por medio de concesiones, sino a través de la bondad y de la afabilidad, pero manteniendo la verdad íntegra y sin alteración. Al presentar la verdad íntegra, se proporciona algo bueno, mientras que, presentando una verdad alterada, falsificada, mezclada, no se da nada bueno. Ese no es nuestro espíritu.

Así pues, encontraréis a Nuestro Señor Jesucristo primeramente en el Santísimo Sacramento, y esta debe ser vuestra primera devoción. También lo encontraréis en la Iglesia, y debéis tener hacia ella un amor ardiente que os sostendrá en la oración y en las obras de celo. Si se abriera el corazón de una Religiosa de la Asunción ¿qué se deberá encontrar en él? Estos tres amores: Jesucristo, la Santísima Virgen, la Iglesia.

Hay otro lugar en donde se encuentra a Nuestro Señor, es en su palabra. Cuando Jesucristo se revistió de carne mortal, se mostró hombre como los demás hombres; lo mismo cuando habló,

revistió su verbo de una manera que perdura, que es el santo Evangelio. Amad mucho al santo Evangelio; leedlo con profundo respeto, persuadidas de que, bajo la apariencia de cada una de esas palabras tan sencillas, está el Verbo divino. Nuestro Señor descendió del cielo, habló a los hombres, sufrió a fin de que tuviéramos, por la gracia de su sangre, la fuerza de practicar el Evangelio y de llevarlo a cabo en nuestra vida: “En los tesoros de la Iglesia hay dos mesas, dice la Imitación; una es la mesa del altar sagrado en la que reposa el pan santificado, es decir, el precioso cuerpo de Jesucristo; la otra es la mesa de la ley divina que contiene la doctrina santa, que enseña la verdadera fe”.

Como veis, el respeto a la palabra de Dios contenida en el Evangelio y en el Antiguo Testamento, y también la palabra de Dios que se nos anuncia según el Evangelio, debe ser la característica de la Asunción, que busca siempre a Jesucristo con gran sencillez, para amarle cada día más. No decimos aquí cosas que toda alma fervorosa y fiel no pueda tomar como suyas. Todo esto puede aplicarse a todos; pero nuestra característica, la nuestra, debe ser una característica muy católica; y, sin que haya cosas extrañas o extraordinarias, debemos vivir de todo lo que representa la vida de la Iglesia.